5.

TRES NOMBRES ILUSTRES.

PIO IX,

LAMORICIERE Y ANTONELLI.



MADRID:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO, GRAVINA, 21,
á cargo de F. Gamayo.

1860.



PIO IX.

AL LECTOR.

—

Nuestro objeto en esta publicacion no es otro sino contribuir á popularizar tres personajes ilustres, que han de ocupar un lugar distinguido en los anales de la Iglesia Católica.

Creemos que será bien acogido del público español.

PIO IX.

Idea del actual Papa y de sus ocupaciones diarias.

Nuestro muy Santo Padre Pio IX nació en Sinigaglia en 13 de Mayo de 1792. Fue creado Cardenal en el Consistorio del Papa Gregorio XVI, de 14 de Diciembre de 1840; electo Pontífice en 16 de Junio de 1846.

Cuanto mas elevada es la dignidad del hombre, hablando generalmente, mas penosa es su vida. Por lo comun, se cree todo lo contrario: pero no es menos cierto que es mas amarga la vida de las personas de elevada posicion. Hay menos libertad en el palacio de los Príncipes, que en las bohardillas de los jornaleros.

La mas grande dignidad que puede haber en este mundo, es, sin disputa, la del Papa. El Papa es gran Sacerdote de Dios, Jefe supremo de la Religion sobre la tierra, Obispo Pastor de todos los fieles, Padre espiritual de los Monarcas y de sus súbditos. Así, no hay quien lleve una vida mas trabajosa que el Papa, de mas fatiga, y mas penosa, ni mas difícil. Desde la mañana hasta la noche, y desde el primero hasta el último dia del año, es, literalmente, el esclavo de su sublime deber y el *siervo de los siervos de Dios*, como se titulan los Sumos Pontífices en sus Bulas y Decretos.

Quizás tengais, queridos lectores, curiosidad por saber en qué pasa el dia el Papa. Nuestro Santo Padre Pio IX es un hermoso y majestuoso anciano, de alta estatura, de dulce y grave rostro, de voz simpática y sonora. Habita en Roma en un inmenso palacio, llamado el Vaticano, unido á la Basílica de San Pedro. Las vastas salas del Vaticano están adornadas con grandeza y sencillez; las paredes están uniformemente cubiertas de colgadura encarnada, y esceptuando el trono pontifical, no se ven allí mas asientos que bancos de madera.

Despues de una larga serie de salas, ocupadas primero por los guardias y la servidumbre, despues por los diferentes Prelados que componen la familia del Papa, se llega á las habitaciones particulares de Su Santidad.

Estos departamentos son pequeños, y aun mas sencillos que los otros. El primero es el gabinete de trabajo del Santo Padre. En él da, durante el dia, las numerosas audiencias, de que luego hablaremos. El Papa está sentado en un sillon de madera dorada y terciopelo encarnado. Delante tiene una gran mesa cuadrada, cubierta de seda encarnada, igual á los tapices de las paredes, y encima del asiento hay un dosel del mismo color; para los Cardenales y Príncipes hay taburetes, y ademas dos ó tres sillas de madera: tal es el mueblaje de este gabinete.

Esta primera pieza comunica con una segunda, igual á la primera hasta en su magnitud, con la única diferencia que en el fondo hay una cama con una colgadura de seda encarnada. Este es el cuarto de dormir del Papa. Despues viene otro cuarto, siempre con el mismo mueblaje: es el comedor. El Santo Padre come siempre solo, en una mesa cubierta con un tapete de seda encarnada, como la de su gabinete de trabajo. Por fin, viene la biblioteca, que es una grande y hermosa sala, con cuatro ó cinco ventanas, y en la que el Papa celebra generalmente su Consejo de ministros.

El Papa está siempre vestido de blanco, lleva un solideo de seda blanca; su sotana es de paño blanco, en invierno: por el verano es de lana ligera ó seda blanca. Su ancha faja es tambien de seda blanca con bellotas de oro. El calzado, al cual se le ha conservado el antiguo nombre de *mulas*, es de color encarnado, con una cruz de oro bordada sobre el empeine: esta cruz es la que besa todo el que se aproxima á la persona sagrada del Vicario de Jesucristo.

Cuando sale de sus habitaciones el Papa, se pone sobre su sotana un roquete de encaje, una muceta encarnada, guarnecida de pieles blancas, y, en fin, una estola bordada de oro.

Su sombrero va forrado de seda encarnada, un poco levantado por los lados, como el de los curas en nuestro pais, y adornado con unas borlitas de oro. El uso de la corte Pontificia no permite que salga por las calles de Roma sino en coche. En saliendo de la ciudad, dá con

frecuencia largos paseos, deteniéndose para hablar á los pobres y los niños con mucho placer, y dando su santa bendicion á todos los que encuentra. Desde que se ve al Papa, toda la gente se descubre y se pone de rodillas, en testimonio del respeto debido á su carácter de Sumo Pontífice.

El Padre Santo se levanta temprano, y despues de sus oraciones, pasa á la capilla á decir Misa. Esta capilla és pequeña, y está próxima á la habitacion del Papa. El Santísimo Sacramento está siempre reservado en ella, y Pio IX, llevado de su devocion á la Sagrada Eucaristía, cuida por sí mismo de las lámparas, que arden de contínuo ante el Tabernáculo. El Papa Pio IX celebra la Misa muy despacio, y con mucha reverencia: muchas veces su augusto rostro se baña de lágrimas, mientras tiene entre sus manos sagradas al Dios que allí está oculto, y de quien es Vicario. Generalmente dice la Misa á las siete y media, y mientras da gracias, oye otra segunda Misa celebrada por uno de sus capellanes. Despues reza de rodillas, con uno de los Prelados de la casa, una parte de las horas canónicas por su Breviario, y entra en sus habitaciones.

El desayuno del Papa consiste en una taza de café nada mas. Conocida es la sobriedad italiana, y esta es la primera comida de casi todos los romanos. Hasta eso de las diez, trabaja todos los dias el Santo Padre con su primer ministro, que lleva el nombre de Secretario de Estado. Está principalmente encargado de la administracion temporal de los Estados de la Iglesia. A las diez empiezan las *audiencias*, ocupacion penosa, y que seria muy molesta si en ellas no se tratase de las mas importantes cuestiones y de los intereses mas graves de la Religion y de la sociedad. De todos los puntos del globo vienen Cardenales, Obispos, Príncipes, embajadores, misioneros, sacerdotes y fieles que esponen á los pies del Jefe de la Iglesia sus peticiones, sus homenajes ó sus necesidades. El Papa está sentado todo este tiempo: delante de él se está ó de rodillas, ó de pie, si lo permite. Los Cardenales y los Príncipes tienen el privilegio de sentarse sobre los taburetes de que ha-

blamos antes. Al entrar en el gabinete del Papa, se hacen tres genuflexiones; la primera, en el dintel de la puerta; la segunda, á mitad del trecho, y la tercera, á los pies del Papa. Se besa su pie ó su mano, y empieza entonces la audiencia. Luego que ha concluido, el Santo Padre toca una campanilla, y uno de los Prelados de servicio anuncia é introduce á otra persona, En las habitaciones del Papa, solo entran hombres; es una regla invariable. En cuanto á las señoras, las recibe en audiencia una ó dos veces por semana, en una gran sala, que forma parte de los Museos públicos del Vaticano.

Las audiencias de la mañana duran generalmente mas de cuatro horas seguidas. Luego que han terminado, á eso de las dos ó dos y media, pasa el Papa al comedor, y toma una comida frugal. Reza despues, tambien de rodillas, la continuacion del Oficio divino, en su Breviario: y despues de algunos instantes de reposo, sale en coche para hacer ejercicio. Muchas veces el Papa toma por término de su paseo algun santuario venerable, en el que se celebra alguna fiesta, algun hospital, ó alguna cárcel. Cuando hace mal tiempo, el Santo Padre se contenta con dar algunas vueltas por su Biblioteca, ó en alguna de las galerías cubiertas del Vaticano.

Al anochecer, al *Ave María*, vuelve al Vaticano, reza con su séquito la salutacion angélica, y añade el *De profundis* por todos los fieles del mundo, muertos en aquel dia. Le presentan al Papa los documentos que ha de firmar, se proponen á su soberana aprobacion y á su decision última los decretos de las diversas congregaciones romanas, que comparten el exámen de los negocios religiosos de todo el mundo católico. Estas audiencias duran tambien hasta las diez ú once de la noche: despues el Santo Padre hace una ligera colacion, compuesta de algunas frutas y legumbres, termina el rezo de su Breviario, y se retira á tomar algunas horas de descanso, tan santa y laboriosamente ganado.

Tales son, salvas raras escepciones, los dias del Papa. Tal es su vida, á pesar de los honores que le rodean:

estos mismos honores le constituyen en una contínua sujecion, y en una contínua renuncia de sí mismo. Así, cuando el Sumo Pontífice entra en los caminos de Dios, como lo hace nuestro Santo Padre el Papa actual, el piadoso y admirable Pio IX, su vida merece, mas que ninguna otra, la grande y bienaventurada recompensa prometida al siervo fiel.

LAMORICIERE.

Este nombre es ya objeto hoy de amor y simpatía para el orbe católico. El vizconde de Meaux publicó hace seis meses en las columnas de un periódico frances esta interesante biografía:

«A través de los inevitables disgustos que produce en todo hombre de bien el triste curso de los acontecimientos humanos, existe un consuelo grande: el de contemplar en alguna parte un valor generoso que, venciendo con la fuerza del bien á la audacia del mal, y sacrificándose por el derecho, se engrandece al responder á los insolentes retos de la iniquidad que prospera. Pero, por lo comun, para presenciar tales espectáculos, es preciso salirse de la generacion propia para pedírselos á la historia. Nosotros cristianos y franceses somos mas afortunados en este momento; nosotros vemos al general Lamoriciere postrado ante Pio IX.

Tácito, al empezar la vida de su suegro Agrícola, hallaba poco conveniente el hacer aceptar á sus contemporáneos el elogio de un hombre de bien, observando, no sin cierta amargura, que nunca es la virtud menos apreciada que en las épocas en que se hace mas difícil y mas rara, é invocando para la empresa á que habia dado principio, la escusa de la piedad filial. A pesar de las incertidumbres y del decaimiento de la opinion pública en nuestros dias, á pesar de las críticas confusas y contradictorias que hemos oido elevarse hasta en las regiones mas silenciosas, nosotros no nos vemos tan apurados como Tácito: en tanto que la gloria, coronada por la adversidad, sea sagrada para el que no



GENERAL LAMORICIERE.

haya abjurado completamente del pudor; en tanto que sea hermoso responder al llamamiento del inocente y del débil, y sacrificarse por su fe, el nombre y el acto de M. Lamoriciere serán respetados. Y en cuanto á nosotros, testigos humildes de la gran causa de que él se ha hecho campeon; en cuanto á nosotros, que nos sentimos todos defendidos por él mientras defiende á nuestro Padre, no aguardamos los cambios, siempre inciertos, de la fortuna, para dar gracias á Dios de haber reservado para una mision tan pura una espada tan valiente. Esta mision sola es suficiente para su gloria; esta mision nos honra á todos nosotros, católicos y ciudadanos franceses. Estamos orgullosos de poder mostrar en ese puesto á un hombre semejante, lo mismo á nuestros amigos que á nuestros enemigos; y no necesitamos recordarles á todos lo que nadie en nuestro pais tiene derecho á olvidar; es decir, por qué clase de servicios ha conquistado este hombre el esplendor de su fama; por qué eventualidades, por qué triunfos, por qué pruebas ha pasado antes de elevarse á la resolucion que últimamente ha tomado, resolucion que formará, suceda lo que suceda, el rasgo mas magnífico y el supremo honor de su vida.

Lamoriciere es hijo de la Bretaña. En su pais, en su familia, va unido desde los tiempos de Enrique IV á una fidelidad inviolable á Dios y al Rey, un espíritu indomable de independencia, y la sangre que habia recibido de sus antepasados, sabia ya correr en los campos de batalla, cuando el jóven oficial, apenas salido de las escuelas, se lanzó hácia aquellas playas de Africa, cuya conquista fue el último legado que la casa de Borbon hizo á la Francia. La toma de Argel fue su primera alegría militar; la caida de Cárlos X su primer dolor político. Su jóven corazon sintió la pérdida de aquel trono, al cual habia servido su padre en sus malos dias, y que le habia enviado á él mismo á buscar la victoria. Dejó que las turbas se precipitasen á ir donde las turbas van siempre; y cuando el jefe que habia ganado su baston de mariscal llevando al ejército frances á Argel se vió obligado á abandonar en un buque mercante estran-

jero la misma tierra que habia conquistado, un oficial, todavia oscuro, le acompañó casi solo hasta la orilla del mar. Este oficial era Lamoriciere. ¡Ah, ese jóven no pensaba entonces que llegaria para él un dia en que tuviera que sufrir las amarguras del ostracismo!

Las vicisitudes políticas no debian cortar así una carrera que habia de ser tan brillante. A pesar de ejemplos imponentes y de penosas mortificaciones, Lamoriciere conservó su espada. Bajo la bandera nuevamente enarbolada, sostuvo resueltamente la causa de la Francia, y la lucha de la civilizacion contra la barbarie. Vióssele cambiar repetidas veces de arma y de cuerpo para hallarse siempre en la vanguardia de la conquista, adelantarse por sus servicios á los grados que ganaba corriendo por todos los de la gerarquía militar; finalmente, desplegar una fogosa actividad, un talento raro de organizacion, una fecundidad inagotable de recursos.

En la guerra de Africa no habia necesidad de poner grandes masas en movimiento, bajo el impulso matemático de una sola voluntad; un trabajo múltiple y sin descanso era el que formaba y señalaba ó distinguia á los hombres. Lanzado á una tierra erizada de misterios y de obstáculos, en lucha con una raza desconocida, aislado de sus jefes, el jóven oficial, lo mismo que despues el viejo general, tenia que descubrir, que crear, que querer. Puesto á la cabeza de un simple destacamento, aprendia al mismo tiempo á gobernar y á combatir, á atender á todo, no contando sino consigo mismo, y así fue como se inició desde luego en todas las dificultades, todas las contingencias, en todas las responsabilidades de un mando supremo. No fue Lamoriciere el único que se engrandeció en aquella escuela. La Europa entera sabe ahora qué ejército fue el que germinó en Francia para ir á madurar bajo el cielo de Africa. Pero cuando desde el centro de sus recientes triunfos, los generales y los soldados de aquel ejército invencible vuelven la vista hácia la cuna de su gloria y de su virtud militar, entonces Lamoriciere, con esa mezcla de sagacidad y de audacia que le distingue, con su alegre energía, con su palabra pintoresca y repen-

tina, con su mirada ardiente y perspicaz, que brilla en un rostro tostado por el sol y por la pólvora, Lamoriciere, todavia vivo, se les aparece como un antepasado, y su nombre resuena en todas las canciones del vivac.

Desde el primer reducto levantado en la playa de Argel hasta la captura de Abd-el-Kader, su historia recuerda la historia de la conquista; sus servicios reasumen todas las fases de ella. De un cabo al otro de su carrera, ha tenido casi siempre que crear recursos y que dar golpes, todo á la vez; ha necesitado y ha desplegado, al mismo tiempo, la inteligencia que organiza y la impetuosidad que arrastra. Lamoriciere fue uno de los primeros capitanes, y el segundo jefe de aquellos cuerpos de zuavos, en los cuales, desde el dia que siguió á la revolucion de julio, unos hijos de Parls fueron á mezclarse, con el mismo traje y con el mismo nombre oriental que ellos, con algunos indígenas que se vanagloriaban de estar al servicio de la Francia. Su ánimo fuerte y flexible domó, sin amortiguarlo, el ímpetu aventurero de aquellos atrevidos voluntarios. Bajo su mando, como lo ha publicado no hace mucho un historiador competente (1), se han formado esos zuavos, que debian aparecer mas tarde, á juicio de toda Europa, como los primeros soldados del mundo. Tal fue el estreno de Lamoriciere.

No se separó Lamoriciere de los zuavos sino para aproximarse mas á los árabes, raza que parecia aun menos difícil de vencer que de gobernar. Hecho ya á sus costumbres y á su lengua, cumplió ó llevó á cabo lo que ningun frances habia intentado: administró las tribus sometidas, y tratando directamente con ellas los negocios, las hizo conocer que no las éramos superiores solo en las armas. De esta suerte, por los progresos de nuestra dominacion, las instituciones de gobierno reemplazaban á las invenciones de la guerra; las oficinas árabes se servian por los zuavos; en todas partes iba

(1) *Los zuavos*, Miguel Levy, 1858.

Lamoriciere á vanguardia, no encontrándosele en ninguna otra. No obstante, la nueva empresa que inauguraba no debia tenerle por mucho tiempo alejado de los combates, que en el principio, aun incierto y mal asegurado de la conquista, no se interrumpian jamás, y no siempre eran dichosos.

Aun se hallaba á la cabeza de la administracion de Argel en 1835, encargado de recoger una porcion de tropas rechazadas sobre el Macta, cuando quiso relevar nuestro debilitado prestigio desafiando al enemigo, y en vez de escapar por mar á su persecucion, condujo á lo interior de las tierras desde Arzevo hasta Oran, diez escuadrones de caballeria sanos y salvos, por medio de las tribus que estaban sublevadas. Este prodigio, que únicamente él habia creido posible, cambió la retirada en un verdadero triunfo. Pero, ¿quién es capaz de contar sus proezas en Baugie, en donde casi solo se abrió camino por medio de un populacho bárbaro, amotinado de repente? ¿Quién las que realizó en Mascara, en Tlemecen, en Medea, mas adelante en la garganta del Tenia, que escaló, y hasta en la entrada del Desierto, que empezó á sondear? ¿Quién es capaz de pintarle en el fuego, desempeñando á la vez las funciones de capitan y de soldado? Un dia ve cercado y como perdido, en medio de una turba de ginetes del Desierto, á uno de sus compañeros de armas, al teniente Bró, hombre pequeño y delicado en la apariencia. En seguida se abre paso solo, á pistoletazos y á cuchilladas, hasta llegar á donde estaba aquel oficial herido ya; aparta los sables que iban á descargar el golpe fatal sobre su cabeza, y como no puede dispersar sin otro auxilio la fuerza enemiga que le cerca por todas partes, se apodera con mano de hierro de su camarada y se lo lleva á donde se habian quedado los suyos, ensangrentado, pero vivo.

En el sitio de Constantina volvió á reunirse con sus zuavos, que estaban bajo sus órdenes cuando obtuvieron el insigne honor, el dia del asalto, de ir á la cabeza de la primera columna. Todos los que han recorrido las galerias de Versalles recuerdan el famoso cuadro de Horacio Vernet: en él se ve á Lamoriciere en-

cima de la brecha, de cuyo punto va á desaparecer muy en breve, envuelto en una nube de humo y de polvo, de resultas de la espantosa esplosion de una mina. Tomada la ciudad, se le encuentra debajo de los escombros, pero vivo. Tenia la cara quemada, y con los ojos en tan mal estado, que se creyó por espacio de unos cuantos dias que habia perdido la vista; pero por fin respiraba, y pudo ver la victoria.

Hasta la toma de Constantina nuestras hazañas habian mas bien asombrado que sometido á los árabes. Sin embargo, no era suficiente pasear de acá para allá nuestra bandera triunfante por territorios continuamente disputados; era menester asegurar, por medio de un progreso regular, nuestro establecimiento definitivo. Parte por culpa nuestra, parte por su genio, Abd-el-Kader se habia elevado y fortalecido, hasta el punto de aspirar al dominio supremo de la Argelia. Bajo su autoridad, todavia mas religiosa que política y militar, escudado por los mismos tratados ajustados con nosotros, habia reunido las tropas dispersas y nómadas en una especie de haz terrible que tenia en su mano, dispuesto en un principio á balancear, y luego á destruir, finalmente, con semejante auxilio el ascendiente que allí teniamos. De este modo para vengar su errante y bárbara independencia, los descendientes de los antiguos numidas hubieran encontrado su Yugurta. El islamismo hacia surgir contra nosotros de entre los descendientes del Profeta un campeon, que no hubiera desechado seguramente la mirada escudriñadora de Mahoma. Por un instante ensayamos el vivir al lado de Abd-el-Kader; pero su ambicion no podia avenirse á poseer una cosa á medias, ni él era capaz de estar subordinado á nadie. Despues de haber contribuido el general Bugeaud con estas concesiones á engrandecerle, fue el encargado de destruirle.

Para cumplir esta tarea le sirvieron algunas de las mas poderosas y mas raras dotes de un gran capitan, y en ella ganó una fama sólida y popular; pero la empresa era de bastante consideracion para hacer ilustre á mas de un hombre. Al lado del vencedor de Isly hubo un

puesto, lo mismo en las fatigas que en la gloria, para los tenientes que, sin identificarse con él, le secundaban y completaban siempre lo que él habia empezado, contradiciéndole algunas veces. El ejército conocia ya, y la Francia aprendió á saludar los nombres de Changarnier, Bedeau y Lamoriciere. Sus camaradas, sus rivales, los coronaron dándoles un dictado que ningun hombre de guerra habia llevado desde Escipion. ¡Ay! Los *tres africanos* debian verse unidos por otras vicisitudes mas tristes que los combates, y hallarse juntos en otra parte que en un campo de batalla.

Lamoriciere no habia vivido diez años al lado de los árabes, ora para batirlos, ora para tratar con ellos, ora, en fin, para gobernarlos, sin penetrar los secretos de su organizacion política y los de sus recursos militares. Supo discernir en dónde residia la fuerza de nuestro enemigo, á dónde debian dirigirse nuestros golpes. En las sociedades nómadas, así como el lazo de la sangre suple á la fijeza del territorio, la tribu reemplaza al pueblo. Entre todas las tribus Abd-el-Kader habia considerado la de los Hachem como la mas considerable por el nacimiento, por la riqueza, por el número y por el valor; se habia establecido en ella, y la habia hecho su capital, por decirlo así; y constituyéndola dueña de todas las demas tribus, le servia para que estas se le uniesen, empleando el emir hasta el terror para conseguirlo, con lo cual las lanzaba todas contra nosotros cuando así le convenia. Caer sobre los Hachem, era, segun lo que acabamos de notar, herir á Abd-el-Kader en el corazon; estinguirlos, era dar al traste con su poder. Hé ahí lo que Lamoriciere comprendió, y lo que recibió órden de ejecutar cuando ascendió á general. Pero para dar un golpe á los Hachem, era preciso alcanzarlos; mas, ¿cómo habia de lograrse esto cuando la duracion de nuestras espediciones dependia de la cantidad de víveres que podiamos llevar con nosotros, cuando la rapidez de nuestra marcha por un pais muy accidentado dependia de la ligereza de nuestras acémilas? Por otra parte, ¿qué medios de subsistencia podia haber, no llevando los víveres consigo en medio de una

comarca desierta y estéril, y en la que parecia no haber ningun recurso? Los árabes viven en este terreno, dijo Lamoriciere, y nosotros sabremos hacer lo mismo.

En efecto, el nuevo general habia estudiado lo que hacian los árabes y les habia sorprendido cavando la tierra, enterrando en ella la cosecha, y hallándola luego intacta (cuando nosotros habiamos pasado) en aquellos graneros subterráneos sobre los cuales habíamos acampado sin descubrirlos. Desde entonces, sin mas acémilas que unos cuantos molinos de mano, á la cabeza de una columna á la cual habia comunicado Lamoriciere, á una con su propio espíritu, la viveza de sus movimientos, avanzó para rodear al enemigo, caer de pronto sobre su retaguardia y darle un golpe decisivo. Cuando al principio de aquellas rápidas operaciones las tropas le pidieron víveres, «Los teneis, les contestó Lamoriciere, debajo de la tierra que estais pisando; buscadlos.» Entonces se vió á aquellos guerreros, apremiados por la necesidad, formar por sí mismos en línea y sondear con las baquetas de los fusiles y pulgada á pulgada el terreno que pisaban. Dióse por fin con los depósitos, y nuestros regimientos aprendieron á reconocer lo que el árabe únicamente habia podido ver hasta entonces: los indicios que señalaban en la superficie de la tierra aquellos depósitos invisibles. Cuando el general Lamoriciere, al cabo de cuatro meses de combates y de persecuciones volvió á Oran, de donde habia salido para aquella penosa espedicion, la provincia estaba sometida: el poder de Abd-el-Kader habia recibido un golpe mortal.

Para lo sucesivo, ya sabiámos cuál era el modo de avanzar, y avanzamos contínuamente. El que habia sabido destruir á los Hachem, merecia terminar su obra, apoderándose del mismo emir. A traves de un intervalo de siete años, y por un encadenamiento de hazañas, cuya memoria debe ser imperecedera, la primera ventaja produjo el triunfo supremo; y en efecto, en manos de Lamoriciere fue en donde vino á caer, por fin, el emir, falto de recursos y de defensores. De sus manos recibió el duque de Aumale, colocado á la cabeza

de la Argelia para acabar la conquista y llevar á cabo la colonizacion, al ilustre adversario prisionero, al único adversario capaz de hacer que balanceara por un instante en su tierra natal la fortuna de la Francia.........

....

....

Lamoriciere volvió á Francia despues de una ausencia de diez y ocho años, al proclamarse la república. Defensor constante del ejército, instituyó una comision para protegerle, y asi fue como opuso un dique inquebrantable al espíritu destructor de los revolucionarios, y preparó las fuerzas que ganaron sobre la mas formidable de las insurrecciones, la mas completa de las victorias. ¿Será preciso recordar la parte que tomó Lamoriciere en esta victoria social? El general Cavaignac habia aprendido á conocerle, sirviendo á sus órdenes.

Convertido en dueño de la república y en defensor supremo de la civilizacion que estaba en peligro, teniendo en frente de sí á la mitad de Paris ocupada por la revolucion, cubierta de barricadas y convertida en una fortaleza, que iba agrandándose de hora en hora, el general Cavaignac llamó en su auxilio á los soldados de Africa, y confió al mas brillante de todos el ataque mas considerable y mas difícil. ¿Será preciso que lo mostremos, empeñando la lucha cuando apenas habia llegado al terreno, sin aguardar á que se le uniera el resto de sus fuerzas, lanzando la Guardia móvil á la cabeza de la primera columna al asalto de la primera barricada, imprimiendo desde el principio á aquellos hermanos menores de los zuavos un arrojo que no debia cejar, prodigándose en el fuego, para que nadie cayese en la tentacion de esconder el cuerpo, avanzando sin detenerse á respirar un poco, y negándose, finalmente, á hacerlo antes de que, comprimida la insurreccion, depusiera las armas? ¿Se han olvidado las aclamaciones que salieron de todas las casas que él habia salvado, cuando volvió victorioso de aquella lucha terrible? Los hombres, á poco que tuvieran que perder, no tenian entonces por demasiado temerarios á los que se esponian colocándose en primera fila contra el desórden;

Lamoriciere les agradaba en aquella época; no le regateaban la admiracion ni la gratitud, y uniendo su nombre al de Cavaignac, los llamaban á ambos salvadores.

La union de estos dos hermanos de armas debia sobrevivir á su popularidad, y júzguese como se quiera la política que siguieron mancomunadamente, la fidelidad que se han guardado el uno al otro, hará siempre honor á su carácter. Elegido para ministro por el hombre que habia estado á sus órdenes, antes que él se convirtiera en teniente suyo, Lamoriciere recibió un dia aquel homenaje que Plutarco hubiera querido hallar en la vida de Milcíades ó de Filopemen. «Yo, dijo Cavaignac en la tribuna, que he visto á Lamoriciere, por espacio de quince años, combatiendo al enemigo, de lo que estoy admirado es de hallarme en primera fila, estando él en la segunda (1).»

. . . .

. . . .

Ha llegado la hora de que este astro vuelva á brillar, y Roma es la que le ha hecho aparecer de nuevo en el horizonte. Un antiguo voluntario de nuestro ejército de Africa, á quien nuestros soldados reconocieron hace diez años en el sitio de Roma, con otro traje, sirviendo en otra milicia, y esponiendo su vida al lado de aquellos para bendecirlos, un sacerdote, fiel servidor de Pio IX, Mérode, es el que ha venido á hacer presente al general, cuyo corazon conocia, el deseo del Jefe de la Iglesia.

El general ha reflexionado al oir aquella proposicion, pero no ha estado vacilante ni un momento. Vió lo que todos ven: las dificultades terribles y las tristes eventualidades que le aguardan, pero dijo á su corazon. «La causa del Papa, es la causa de Dios.» Y menos inquieto con la idea de que puede sucumbir que alegre con la de sacrificarse por tan santa causa, sin otra negociacion, sin informarse mas, católico al par que soldado, ha partido, respondiendo á aquel llamamiento.

---

(1) Sesion del 21 de Octubre de 1848.

Se conoceria mal, sin embargo, esta entrega de sí mismo hecha por un frances á la Iglesia, si no se viera al lado de la fe el patriotismo. Persigan cuanto quieran los adversarios de la Santa Sede, usando desmedidamente de una libertad que á nada les espone, persigan á su defensor con sus comparaciones injuriosas. Para ofender mas al objeto de su ira, insultan el honor de nuestras armas, hasta repetir que, servir al Papa, es pelear contra la Francia: todo les está permitido.

Pero todos ellos saben perfectamente que son repugnantes para el pudor público unas suposiciones que calumnian á la Francia: y que cuando su odio estaba mas hábilmente combinado, lo que le pedian al jefe que dispone de nuestras fuerzas, no era que combatiera á la Santa Sede, sino que la abandonara. No: Lamoriciere no tendrá que pelear, ni peleará contra nuestros soldados. Pero ha pensado que quien ha recibido en depósito «el principio y la vida misma de la civilizacion» daba un testimonio de aprecio á nuestra nacion, escogiendo para su libre defensa una espada francesa: ha pensado que dejar que otros ocuparan el puesto que su predileccion nos habia destinado, seria aceptar para la hija primogénita de la Iglesia, hermana mayor de las naciones cristianas, una culpable y fatal caducidad. No ha querido hacerlo.

Sirva, pues, y mande en Roma, tanto para honor de la Francia como para sostener la independencia de la sociedad católica, llevando consigo la confianza, descubriendo y creando recursos para una defensa que nadie se atreve ya á mirar como deseperada, atrayendo á su lado con el brillo de su prestigio y con la autoridad de su ejemplo, á cristianos intrépidos y generosos, y recordando, en fin, á los que quieran sacrificarse con él, que la causa del Papa es la causa de la civilizacion y de la libertad del mundo.

En efecto, cualquiera que no respete á la autoridad moral, tendrá que doblar la cerviz mas ó menos pronto ante la fuerza bruta; y si por un imposible, el mas alto poder espiritual que los hombres deben conocer jamás, no encontrara ya sobre la superficie de la Europa un

lugar inviolable; si la libertad de las almas en la unidad de la fe perdiese su punto de apoyo visible y su salvaguardia humana, entonces sobre la Europa, devastada por la revolucion, se meceria el despotismo únicamente, y la esclavitud creceria á la par que la bajeza de ánimo.

Hé aquí lo que no quieren entender y lo que quisieran ocultar á todo el mundo los que combaten á la Santa Sede; pero hé aquí al mismo tiempo lo que tienen derecho para proclamar en alta voz los que la defienden. Nuestra edad ha visto á los hombres, de quienes con razon está orgullosa, crecer todavía, por elevados que fueran los puestos que ya ocupaban, sosteniendo á la Iglesia, y les han visto caer anonadados cuando han roto con ella. Los hombres de ciencia, los de la libertad de la palabra y la del pensamiento, los amantes de los progresos de la independencia política, por lo comun en otro tiempo enemigos, se han consagrado alternativamente al servicio de tan sagrada causa. Lamoriciere corona hoy con la gloria y con la virtud militar ese punto de defensa, ese trofeo de honor, que desde sus principios, y á pesar de sus miserias, eleva el genio del siglo XIX á la fe católica.

La presencia sola en el umbral del Vaticano, cuya guarda le está encomendada, dá testimonio de la juventud inmortal de la Santa Sede; esa presencia anima y ensalza á los fieles hijos que están inquietos por su suerte; desconcierta y quita la máscara á sus irreconciliables adversarios. ¿Quién sino Lamoriciere tiene derecho, en efecto, para decir á los amigos de la libertad: «¿soy yo un retrógrado?» A los amigos de la Italia; «¿soy yo austriaco?» Con semejante hombre, los que quieran la ruina de la Santa Sede, pueden aun insultar su derecho de defensa: no pueden ya calumniar el ejercicio de este derecho. La guardia voluntaria y filial que protege al Santo Padre contra la revolucion italiana, garantiza al mismo tiempo á toda la Italia contra una usurpacion estranjera.

Por ella todos los católicos están presentes en Roma, en la libertad de su sacrificio y de su fe, y ninguna po-

tencia tiene puesto el pie sobre la península. El Estado de la Iglesia sigue siendo lo que debe ser: la propiedad comun de toda la cristiandad. Ningun otro Estado la obliga ni avasalla. Pio IX, asegurado contra el desórden que destruye y trastorna, al mismo tiempo que, libre de las protecciones que se hacen opresivas y de los cambios que no son sino traiciones. Pio IX recobra la libertad, la libre iniciativa de sus designios generosos. La Italia le ve tal como él quiere ser; inofensivo é inviolable. La Francia, en fin, representada por uno de sus mas caballerescos soldados, conserva al lado de Su Santidad su puesto de honor, y sin pesar sobre el Papa por la fuerza, continúa sirviéndole con su valor y con su genio.

Hé ahí las perspectivas que puede abrir á traves del mas sombrío horizonte la súbita resolucion de un corazon grande. Dios, sin duda, al inspirarle el sacrificio no le promete la victoria, porque esto seria arrebatarle su grandeza. Pero suceda lo que quiera, el mundo sabrá en lo sucesivo lo que aseguraba no há mucho otro valiente campeon de la libertad católica. El mundo sabrá, por medio de un ilustre y fecundo ejemplo, que «la sangre cristiana no ha dejado de correr por las venas de las generaciones sucesivas.»

Una Princesa, la duquesa de Parma, de la que hay que hacer mencion despues de Pio IX, como de la mas noble y mas pura víctima de la revolucion italiana, una Princesa que deberia ser tan querida de su nueva patria como de la Francia, desterrada ahora de ambos paises, acaba de dirigir á un soldado jóven, ávido por consagrar á la Santa Sede la fidelidad que la habia jurado, una bendicion que debe llevarle la dicha. «Id, hijo mio, id á defender á un Santo, bajo la direccion de un héroe.»

Mas de una madre cristiana sabrá sin duda repetir las mismas palabras á sus hijos.»



ANTONELLI.

ANTONELLI.

EDAD.—NATURALEZA.—FAMILIA.

El Cardenal Antonelli cuenta actualmente unos cincuenta y cinco años de edad: nació en Terracina, ciudad marítima junto á la frontera de Nápoles, de una honrada y rica familia, en la que las buenas tradiciones y el afecto á la Santa Sede han pasado sin interrupcion de padres á hijos desde antiguos tiempos.

CARÀCTER.—FÍSICO.

Afable y complaciente, sin que estas dotes dañen á la circunspeccion, prudencia y hasta finura, que se revelan en su fisonomía, verdadero tipo de un buen italiano.—Es de alta estatura, delgado, pero robusto, rostro enjuto, la frente despejada y la vista penetrante.

CARRERA.—CARGOS.

Se dedicó de jóven á la carrera administrativa, y por su talento y tacto adquirió pronto gran destreza y manejo en los negocios, mereciendo todavía muy jóven ocupar los primeros empleos del Estado.

Ascendido á Cardenal pudo y supo luego prestar grandes servicios al Santo Padre Pio IX, quien pocos meses antes del asesinato de Rossi, le nombró su prosecretario de Estado. Fue él principalmente quien con el Conde Spaur, embajador de Baviera en Roma, proyectó y llevó á cabo la salida del Santo Padre para Gaeta en 24 de Noviembre de 1848: Antonelli se adelantó con el secretario de la embajada española, señor de Arnau, y ambos esperaron á Pio IX en la frontera napolitana. Tanto en Gaeta y Pórtici, como en Roma despues de la vuelta del Santo Padre, el Cardenal Antonelli ha sabido elevarse á la altura del puesto que ocupa hace ya trece años, previniendo y dominando los acontecimientos políticos de su pais, cual puede en tan

azarosas circunstancias un ministro de Su Santidad dominarlos.

Dos quejas se formulaban, en voz baja, contra él en Roma.

Una de un gran número de Cardenales, á quienes, decíase, les parecia que Antonelli era demasiado condescendiente con ciertas cortes, respecto á *transacciones* en asuntos eclesiásticos.

Otra provenia de un cierto círculo de comerciantes y banqueros, quienes achacaban á Antonelli que iba enriqueciendo á su hermano (comerciante tambien), proporcionándole grandes y seguras empresas con detrimento de cuantos podian legítimamente concurrir á ellas, acaso con mayor beneficio del Estado.

Mas tarde desaparecieron semejantes murmullos, y el Cardenal se afirmó mas y mas en su silla, mereciendo de Su Santidad el nombramiento de Secretario de Estado, sin el carácter de provisorio de antes, captándose la estima y cooperacion de sus colegas, al par que el respeto y aprecio de sus conciudadanos.

El Cardenal no es devoto al Austria, ni á la Francia, sino que, como Gonzalez y sus predecesores, sirve con su inteligencia y mas con su corazon á la mejor de las causas, que es la de la Santa Sede.

Antonelli ha hecho cuanto podia desearse para el desarrollo de la industria y del comercio en su país, para borrar los desastres y recuerdos de la revolucion del 48; para prevenir y neutralizar la malhadada política del Piamonte; para defender el Estado, creando un ejército indígena que, junto con los batallones de voluntarios, acaba de batirse con heroismo; en suma, para salvar el dominio temporal y el decoro de la Santa Sede.